

MI “CARTA BLANCA”

Dar carta blanca a alguien es, según el Robert (ya que se trata de un galicismo), permitirle elegir libremente; pero no equivale a tener “barra libre”, sobre todo si uno es responsable y sabe – como es mi caso - lo difícil, complicado y caro que puede resultar encontrar, conseguir y transportar hasta Madrid ciertas películas. Y como no está el horno para bollos, con la que está cayendo, no he puesto a prueba ni siquiera la archidemostrada capacidad detectivesca del departamento de programación de la Filmoteca para imaginar e investigar dónde puede haber una buena copia de cierta película, y luego conseguir que la presten, lo que requiere conocer a la gente adecuada, experiencia y diplomacia, como poco y para empezar, que todo el mundo es celoso guardián de sus tesoros y el material en soporte químico se ha hecho ya hoy sumamente escaso.

Tampoco he querido aprovechar la ocasión para pedir casi imposibles, ni películas muy raras que aún no he conseguido ver: podrían no interesar a nadie más, y como ya muy antiguo responsable de esta institución sé que no hay que ceder a este tipo de tentaciones, y que no se puede programar para uno mismo salvo que se trate de proyecciones privadas. Así que sólo he escogido películas posibles, disponibles o localizables y no demasiado costosas de traer. Todas las he visto, y sólo un par hace muchos años que no las he podido visitar; el resto las he visto tantas veces que estoy seguro de que, si no son magníficas, al menos a mí me lo parecen y no es plausible que a estas alturas vaya a cambiar yo de opinión ni ellas a decepcionarme.

Pero no son un “canon” (odio los cánones) ni son de visión obligada; simplemente, yo las recomendaría, aunque no todas, claro, a todo el mundo. No son mis veintipico películas preferidas, ni las que más me gustan, importan, divierten o emocionan de sus respectivos directores. Sólo son algunas que pueden estar entre mis dos mil favoritas, entre las muchísimas más que llevo vistas.

Faltan, pues, muchos de mis directores favoritos, empezando por Hitchcock, Dreyer, Murnau, Mizoguchi, Griffith, Buñuel, Naruse, Ozu, Preminger, Max Ophuls, los dos Ray(Nicholas y Satyajit), Boris Barnet, Ievgenií Bauer, Mark Donskoí, Lubitsch, Rossellini, Borzage, Dwan, Henry King, King Vidor, Anthony Mann, Fuller, Feuillade, Lumière, Tod Browning, Goshô, Stroheim, Sternberg, Shimizu, Panol, Tati, Jacques Becker, Grémillon, Vigo, Keaton, Hawks, Walsh, Sjöström, Bergman, Mankiewicz, Kurosawa, Shimazu, Goshô, Capra, Flaherty, y no sigo enumerando a los ausentes para no enfadarme conmigo mismo; unos pocos no están por su reciente programación, como Bresson, porque hubiera sido redundante (se acaba de ver en la Filmo), mientras que de otros he aprovechado que se hubieran programado sin que yo lo pidiera (McCarey) para elegir cuatro. Fíjense que ni está “Cantando bajo la lluvia”. En cambio, están algunos directores de escasa – o hasta mala – reputación, o no generalmente considerados como “autores” de sus películas, sino como meros artesanos, porque pienso que la grandeza de un determinado cine en una determinada época depende menos de unos pocos genios

que de la calidad y la cantidad de sus “artesanos”, que a menudo han hecho grandes películas.

Alguno se preguntará, si ni son mis favoritas las películas ni son todos mis directores favoritos, ¿por qué los elige? Respondo anticipadamente: porque todas ellas me han ido enseñando y ayudando a precisar lo que me parece – quizá equivocadamente – que es, en su diversidad asombrosa y magnífica, el buen cine, y lo buena que puede ser una obra cinematográfica, con independencia de la “importancia” o “seriedad” de su tema, de su origen nacional (o más bien financiero), del género al que con mayor o menor precisión se les pueda adscribir, del volumen o la modestia de su presupuesto o del mayor o menor éxito que tuvieran en taquilla, premios, festivales o entre los considerados críticos y los historiadores.

No se busquen representatividades, paridades ni repartos: lo más disponible sigue siendo, como siempre, el cine americano, que es de lo que la mayoría nos hemos alimentado, tanto en mi infancia como ahora; y aunque sólo hay una directora, es mi preferida, al nivel de cualquier hombre, y está con tres películas, y representando ella sola al cine japonés, que sin duda ha sido uno de los más importantes, con el francés, el estadounidense, el soviético, el italiano, el alemán unos años, y el escandinavo otros.

Ni siquiera dentro del cine español he elegido lo que más me gusta (no están Buñuel, Erice, Neville, Fernán-Gómez...), pues he procurado escoger películas muy poco conocidas que conserva la Filmoteca, dos de ellas de directores que no me entusiasman, que gracias a la Filmo conocí y que, por razones y en medidas variadas, a mí me gustan mucho.

Hay aficionados al cine (que suelen descubrir cada poco la “mejor” película de la Historia) a los que les encanta ser los únicos que han visto esa joya insólita. A mí, que suelo ser fiel a mis amores, y que cambio bastante poco de preferencias máximas, me da mucha rabia que poca gente haya visto las que a mí me entusiasman o encantan, y que he disfrutado, si he podido, incontables veces. Algunas desde que tenía unos cinco años, que es ahora cuando entiendo cabalmente y me siguen fascinando, otras desde los catorce o quince, y que asombrosamente resisten el paso y el peso de los años (por ellas y por mí), el atropello revelador de las múltiples revisiones, y los corrimientos de tierras que pueden provocar los descubrimientos más recientes (tanto de películas ya antiguas como de las nuevas, las recién hechas, que se siguen haciendo cosas magníficas aunque no lleguen a estrenarse normalmente).

No es necesario, por supuesto, que nadie comparta mis gustos. Que son sentidos, sinceros y razonados, pero desde mis criterios. Que tal vez, en parte, me expliquen o retraten, pero eso ¿a quién le puede interesar? Tómense, pues, estas películas como una invitación. Y si no le gustan, Ud. perdone. Qué se le va a hacer.

Miguel Marías